

## LA ADJETIVACIÓN MÍNIMA

**Sobre** Gilda Di Crosta: *Amarino*. Rosario, Iván Rosado, 2017. 56 pp.

Javier Gasparri  
UNR

¿Qué es amarino? Palabra nueva o desconocida, palabra-fantasma, palabra-señuelo, su materialidad abre un umbral polisémico, incluido el del sin-sentido. Busca aquello que se impone, acaso sin buscarlo, porque verdaderamente no busca nada: aparece, ocurre; amarino, escribe la poeta, "dio la vuelta y volvió": "lo abandoné / lo traté de usar / nuevamente / lo volví a abandonar // y ahí quedó / haciéndose el adjetivo" (45). Y lo que se impone es la lengua. O mejor dicho, la experimentación poética *en* la lengua. La tensión que organiza la paradoja resulta elocuente: *cómo poder decir* –la voz que escribe, la escritura de una voz, en fin, nombrar. Pero nombrar adjetivando (pues allí está el color, el matiz, la sutileza, la diferencia, lo mínimo, o sea, el tono) y ya no haciendo sustancias, es decir, sustantivando: "insustancia de una poesía / harto / domesticada" (41). Ante la domesticación de la palabra, me tienta la cacofonía y correlacionar insustancia con insumisa. Una palabra liberada, entonces, una palabra inventada, un adjetivo: amarino ("Le es insuficiente la lengua para contar, / arrima adjetivación de suma vehemencia" (11)). La paradoja, así, se hace presente: conocer los límites de la lengua y sin embargo experimentar, insistir, para poder decir, o mejor, para

poder seguir diciendo. Podríamos afirmar en este punto lo que el personaje de uno de los poemas cuando se olvida el paraguas: "¡otra vez esa melancolía!" (49). Pero no. La fuerza de *Amarino* encuentra en el adjetivo su salida. Entonces las palabras van y vienen, "ligeritas de ropa / caprichosas / pero no livianas", "se hacen las raras", "babea / el poema" (47); que no anden livianas implica que se quieren precisas, justas, ante la cháchara, ante "tanta / lata / tanto / bla", y "si queda algo / que el silencio / haga / un paredón" (43). Quisiera leer allí este enunciado: si la palabra no ha de ser justa y liberadora, que un paredón de silencio nos resguarde de tanta lata; y entonces escuchar nuestros días. O sino esto otro, irónico: "sangre tiempo indiferencia / se muelen / y que los signos / -dale que va- / sigan en esta impudicia / del lenguaje" (24). Del lenguaje a la lengua, y de ésta a su forma, como la cadena aún sin peso ni medida ni color, el poema lleva "solamente su forma" (26) aunque, como los libros prestados, perdió "las métricas" (17). Entonces la poeta ya no persigue una forma como Darío; como la lleva consigo, al arrastrarla, la usa y así la pone a prueba. Y como, además, no está determinada de antemano por peso, medida, color ni métricas, la re-hace cada vez. "Reversados": reversibles, reversionados, re-versos, versos vueltos a andar y a rodar. "Re-": *Amarino* re-versiona sus propias voces y fantasmas, es decir, inventa. De "la planicie del papel" (30), al igual que "en la pampa / se crían superficies" (50).

La palabra justa y precisa va unida a lo mínimo: adjetivación mínima, "notas mínimas", historias mínimas. Y algo la liga al aforismo, tal como es saludado desde el epígrafe de Samuel

Johnson, incluso en sus inflexiones más sarcásticas o, al menos, graciosas, como que los nervios son una maquinación suiza por culpa de un relojero (16).

El afán de nombrar, además, se hace cuerpo vibrante como pura potencia, pues lo que "quedará –si queda-", "en la orilla / de la memoria", es "el nombre // de esa potencia / la escena / -pasajera- / del yo" (25). Aparece entonces el yo, que en tanto escena pasajera se desdobra del pensamiento, se alejan ("yo y mi pensamiento") de la palabra, se fragmentan, se dispersan – esquizos- y, así, desintegran cualquier linealidad, toda su transparencia monolítica acuciante, abrumadora, molesta. Es que, de vuelta, el reto es nombrar sin sustantivo, o sea no hacer sustancias: "nada de sondamientos / o interioridades" (50). Y al mismo tiempo examinar el reaprendizaje narcicista: "No sé si aprendí / a volver // a volver / a los narcisos" (37). Ese yo poético que experimenta (o bien, la experiencia poética de ese yo) se hace presente en destellos vivenciales (otra vez lo mínimo) del relato de una vida amenazada que observa la obstinación de las palomas precisamente "A partir de los días que creí / que no iba a tener muchos días" (9), que distingue "no más que / una vocal" entre "una muerte / o una muerta" (40) y que emite "un aHHHHHHHHHHHHullido / de mis entrañas" (39), de cuya potente energía vital la paradójica sordera de esas haches nos alertan como un eco poderoso, afectivo, entrañable.

Siguiendo el grito, el poemario se cierra, al final, con la palabra "final", para arengar la memoria generacional colectiva-familiar con un nosotros: "Somos los hijos de..." (50) y, "reversados" –como los poemas-, prometer un encuentro en

aquel momento en que, aunque sea el final, siempre será el futuro: escribe la poeta, entrecomillando esa voz anónima colectiva-impersonal, "en la lucha final" (50).